

dos divinas Personas, rodeado de las celestiales gerarquias, esté en la tierra entre dos ladrones, acompañado de infames malhechores, y en medio de ellos coronado de espinas, como Rey de los mas facinerosos? Este (si creemos á san Anselmo) fué el mayor tormento que padeci6 el Salvador, verse tratado de ladron. Esto le heria el Alma mas vivamente, que al Cuerpo la cruz.

Si bien mayor, sin duda, fué el sentimiento al encontrarse con su divina Madre. ¡O dolorosísimo encuentro! La Madre santísima, luego que tuvo la funesta noticia, corri6 á ver á su Hijo, dándole el amor las fuerzas y aliento, que le quitaba el dolor. Veía por el camino las gotas de la sangre, que le sirvieron de guia para conducirse al calvario, conde se encontró con su Hijo, y se miraron los dos cara á cara. ¡O Dios, con qué pasmo y dolor de ambos! Callaban las lenguas, mas hablaban los corazones; y con la lastimosa vista de los ojos se traspasaban recíprocamente las almas atormentadas. Decia con los afectos del corazon el Hijo: ¡Para qué venis aqui, Madre mia, á aumentar mi dolor y el vuestro? Bien conozco que mi pasion es la vuestra: pero tambien vuestro dolor es mio. Yo con esta cabeza coronada de espinas traspaso vuestro corazon: Vos, con vuestro corazon, anegado en tantos afanes, me doblais las penas. Volved, ó Madre mia, á vuestro retiro, que no conviene á vuestra pureza esta compañía de ladrones y verdugos. Volved, o purísima Paloma, al arca de vuestro alvergue, hasta que cesen las aguas de este diluvio, porque aqui no hallareis donde descansar vuestro pié. Mas á esto respondia el corazon de la Madre: ¡O mi queridísimo Hijo! ¡Por qué

me mandais que yo me retire de vos? ¿Dónde puedo hallar conorte, sino en vuestra presencia? Vuestra vida es mi vida: sean, pues, mias vuestras penas: permitid que mis lágrimas acompañen á vuestra Sangre; quiero ser crucificada con vos, y morir con vuestra muerte. Vivir sin vos, me será mas duro y amargo que el morir; y el morir con vos, me será premio de haberos dado la vida.

Estos sentimientos se andaban repitiendo allá en sus corazones la Madre y el Hijo, y con tan dolorosos afectos proseguian el camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

§. II.

MUERTE DE CRISTO.

Apenas llegaron al monte calvario á la vista de Jerusalem, cuando aquellos sayones, sin darle un instante de descanso, le desnudaron con gran furia, hasta de la túnica interior, que estando pegada á las llagas por la sangre congelada, le renov6 acerbísimos dolores. Despues le mandaron, con bárbara impiedad, que se tendiese sobre la cruz. El Salvador, con prontísima obediencia, estendi6 las manos, y alzando los ojos al cielo, ofreció al Eterno Padre su vida en sacrificio por el remedio del género humano. Y como Isaac, atado sobre el ház de la leña estaba esperando la herida de su padre; así Cristo sobre la cruz aguardaba los golpes de los verdugos. Allá Dios, satisfecho con la buena voluntad de Abrahán, hizo que el ángel le detuviese la espada, para que no descargase el golpe; acá, queriendo la per-

fecta y cumplida ejecución, permitió que los sayones desfogasen toda su rabia contra su Hijo; y así, con duros y gruesos clavos empezaron á dar martilladas, como si las diesen sobre un yunque, para atravesar una mano, que por la vehemencia del dolor, habiendo encogido los nervios, obligó á aquellos crueles verdugos que estirasen con mayor fuerza la otra mano, hasta que llegase al agujero señalado. Aquí se descoyuntaron los huesos con horrible tormento, como lo habia profetizado el Salvador: *Foderunt manus meas, et pedes meos, dinumeraverunt omnia ossa mea*, (PSAL. 21.) Me clavaron y atravesaron las manos y los pies; y tanto me estiraron en la cruz, que me podian contar todos los huesos de mi cuerpo. Aun mas que las manos, padecieron en este tormento los sagrados pies, por la junta de los nervios y grosedad de los huesos, y por el estiramiento de todos los miembros; y así dijo el Redentor á santa Brígida, que este fué el mayor dolor que habia padecido: *Omnium atrocissimus*.

Clavado de esta suerte el Señor, levantaron con furia la cruz, y con impetu la dejaron caer en el hoyo cavado en el monte, para que el cuerpo pendiente se descoyuntase y quebrantase todo, y se abriesen mas las heridas de las manos y de los pies. Apareció entonces el Rey de la gloria desnudo, solo cubierto con su Sangre, á los ojos del pueblo insolente, que en lugar de moverse á piedad, alzó el grito á mofarle y escarnecerle: *Si Filius Dei es, descende de Cruce*. ¡O qué doloroso espectáculo, ver al Hijo de Dios pendiente de una cruz, señalado desde la cabeza á los pies con atrocisimas llagas! Carga el pe-

so del Cuerpo sobre los pies, y los clavos abren mas las heridas, y descoyuntan los huesos. Si se quiere sostener en los brazos, crecen las bocas de las manos y se estiran mas los huesos y nervios. Si se mueve la sagrada cabeza en la cruz, se clavan mas en el casco las espinas. Si inclina la cabeza ácia el pecho, repara, que aquella escuadra de sayones y vil turba, con visages y gestos feisimos le está mofando; la boca llena de amargura con la hiel: los ojos cubiertos de sangre; las mexillas acardenaladas por las bofetadas; todos los miembros están padeciendo, y cada uno su especial tormento, sin que pueda socorrer el uno al otro sin recíproco dolor: sobre todo, corren de las manos y pies cuatro arroyos de sangre, que son como los cuatro rios del Paraíso terrenal, que salian á regar toda la haz de la tierra.

Mas ya que el cuerpo está sumergido en tanto mar de penas, á lo menos el alma gozará algunos consuelos. Ay, que antes confiesa el mismo Redentor, que su alma está llena de congojas: *Repleta es malis anima mea*. Y segun este texto, llegó á decir el doctor angélico santo Tomás, que tambien en la cruz los dolores y fatigas del alma, fueron mayores, que los tormentos del cuerpo. Y ¡qué mayor confusion, que estar desnudo sobre un infame leño, á la vista de un innumerable pueblo, entre dos famosos ladrones! *Cooperuit confusio faciem meam*; la confusion y vergüenza cubrió mi rostro. Así se dolió Cristo mas, que de los otros tormentos. ¡Qué ignominia de un alma noble, verse burlada de la vilisima hez del pueblo, mofada con dichos y gestos de los sayones, con palabras y acciones ri-

dículas é injuriosas de los fariseos! *Blasphemabant eum, moventes capita sua.* ¡Qué soledad, hallarse abandonado de sus queridos discípulos, vendido de uno con traicion, negado de otro con perjurio! ¡Qué dolor de corazon de un Hijo, mirar delante de sí á su queridísima Madre traspasada de la espada del dolor, desmayada y sin aliento!

¿A lo menos estaria asistido de celestial conorte de su Eterno Padre? ¡Ay, que no! él mismo se queja con lastimeras voces de que está abandonado y desamparado hasta de su Eterno Padre: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me!* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? O como dice en otro lugar: *Clamo ad te, et non exaudis me. Mutatus es mihi in crudelem;* clamo, imploro vuestra ayuda, y no me oís: parece que para mí os habeis trocado en cruel, pues no mostrais piedad á tantas penas mías, y sufriendoos el corazon ver agonizar á vuestro Hijo sobre una cruz. De esta suerte el Criador del mundo, el Rey del cielo, el Unigénito del Eterno Padre, ahogado en un mar de afanes, en un diluvio de su propia sangre, despues de una larga agonía, sin ningun refrigerio, ni alivio, entre las burlas é injurias de sus enemigos, inclinando la cabeza, espiró: *Inclinato capite tradidit spiritum.* Murió el Hijo de Dios; y yo tan favorecido, tan lleno de sus beneficios, he sido la causa de su muerte, le he muerto con mis culpas; yo, que si no queria amarle como Padre, á lo menos le debia temer como Juez: yo le he muerto con la mas cruel manera de muerte de cuantas la humana fiereza supo inventar.

A esta muerte se dió por sentida toda la naturaleza: el sol se cubrió de tinieblas: se sacudió

con temblores la tierra: las piedras se quebraron unas con otras: los sepulcros se abrieron: el sacro velo del templo se rasgó: todas las criaturas insensibles, por quien no moria Cristo, tuvieron sentimiento de compasion á la muerte de su Criador. Y tú, corazon mio, ¿no te condolerás? ¿Y vosotros ojos, míos, no derramareis una lágrima de compuncion? ¿Y yó, por amor de quien murió el Salvador, no me moveré á piedad, á correspondencia de afecto, á arrepentimiento de mis pecados? Mas, en la muerte de Jesucristo los soldados, verdugos y ministros, ejecutores del suplicio, se llenaron de horror; y arrepentidos confesaron, que era Hijo de Dios: *Verè Filius Dei erat isti.* El ladron crucificado juntamente con él, se movió á penitencia, y le confesó por Rey del cielo. Los judios, que antes habian gritado: *Crucifige eum,* se volvian hiriendo los pechos de contricion: *Revertebantur percutientes pectora sua.* El mismo Longinos, que con la lanza atravesó el Costado del Redentor, quedó tan ilustrado y enternecido con la sangre que salió de aquella herida, que vino á ser santo penitente, y glorioso mártir. ¿Y yo, al ver morir un Dios sobre la cruz por mis gravisimos pecados, he de quedarme insensible? ¿He de resistir á tantos motivos de penitencia? ¿No resolveré mudar de vida? Peor soy que los bárbaros judios; mas impio, que los verdugos de Cristo; mas perverso, que Longinos, que traspasó el Corazon de Jesus. ¿Y qué cosa podrá jamás convertirme, si no me convierte la muerte de un Dios, que pudo mover y enternecer aun á sus mismos matadores? ¿Si con la sangre de este Cordero inmaculado no se ablanda el diamante de mi durisimo corazon, con qué

se podrá jamás ablandar? ¿Qué esperanza puedo tener de mi salvacion, si no tengo mejoría con tal medicamento, y tan eficaz del Salvador? Una sola vista de Jesus crucificado sacó de las tinieblas de la infidelidad á Umberto, duque de Aquitania, enemigo de los cristianos; y del lodo de la torpeza á Catalina Romana, muger deshonestá y del mundo, los cuales confesaron haberse rendido á convertirse, no por temor de la muerte cercana, no por el peligro del infierno, que les amenazaba, sino solo de haber mirado al Salvador crucificado, cuya vista les movió á penitencia; ¡y yo, habiendo visto tantas veces al Hijo de Dios pendiente de la cruz, despues de tantos toques á mi corazon, he de ser rebelde á la luz? *Rebellis lumini?* ¿Pertináz á las inspiraciones? ¿Y he de hacer tan grande agravio á la Sangre divina?

Aquí al pie de la cruz aprendió la penitente Magdalena la gravedad de sus pecados, y de la grandeza del remedio infirió la atrocidad de sus llagas. Aquí debe el pecador concebir asombro de sus delitos, y en la balanza de la cruz pesar la gravedad de sus culpas. Gran teatro de la divina Justicia es el infierno, para conocer cuan detestable sea el pecado; pero mayor teatro de terror es el calvario, donde la ira vengadora de Dios no se enoja, ni encruelece contra los malvados pecadores, sus enemigos, sino ejercita su severidad contra su mismo Hijo, por sola la sombra y capa, que tomó de pecador: *Non sic expavescó*, (decia temblando santo Tomás de Villanueva) *et contremisco ad poenas inferni, sicut videre Deum pro peccato morientem.*

La enorme malicia del pecado se descubre cier-

tamente en el castigo de los ángeles, donde Dios, por solo un acto de soberbia, desterró del cielo, á eternas penas, tantas celestiales gerarquias; pero mas se manifiesta su enormidad en la reñcion de los hombres, por cuyos pecados hubo de morir con atrocisimos tormentos el Criador de los ángeles y de los hombres. Mira, ó pecador, lo que haces, cuando te dejas llevar de cualquier placer pecaminoso: haces un mal, que no se quita, ni se borra, si Dios no derrama su Sangre: *Sine sanguinis effusione non fit remissio.* Mira cuan grave deuda de penae has contraído por una sola de tus culpas; deuda tal, que para satisfacer por ella, nada servirán, ni las oraciones de tantos santos confesores, ni las lágrimas de tantos penitentes, ni la sangre de tantos mártires, ni los preciosisimos é incomparables méritos de la divina Madre: *Oportebat Christum pati;* fué menester que muriese Dios.

Mas sobre todo, mira, hombre, en el Corazon traspasado de Jesus, el exceso de la divina caridad con los pecadores; y desde el pie de la cruz, levantando los ojos al Salvador, preguntale con el Profeta: *Quid sunt plagae istae in medio manuum tuarum?* ¿Qué llagas son estas, ó Salvador del mundo, que veo en vuestras manos y en vuestros pies, que arrojan tanta copia de sangre? ¿Quién ha despedazado con tan bárbara carniceria todos vuestros miembros? ¿Quién os ha abierto con tan terrible herida vuestro pecho? No responde el Salvador, porque ya ha espirado; pero responde por él el amado discipulo Juan, registrador fiel del Corazon de Jesus, que estuvo presente á su dolorosísima muerte: *Dilexit nos, et labit nos à peccatis nostris in sanguine suo.*

El amor fué el mayor verdugo, que le dió la muerte; el amor le sacó la sangre de las venas, para lavar las manchas de nuestros pecados; el amor de Dios llegó á tal punto, que dió su vida, no por sus amigos, no por sus fieles vasallos, sino por sus enemigos y rebeldes.

Por este mismo fin de manifestar su caridad infinita con los pecadores, quiso morir de aquella suerte pendiente en una cruz, si creemos á san Agustin: *Inspice vulnera pendentis. Caput habet inclinatum ad osculandum: cor apertum ad diligendum: brachia extensa ad amplexandum: totum corpus expositum ad redimendum.* Mirad, ó pecadores, la posicion del crucificado, que está pendiente enfrente de vosotros, y sobre vosotros derrama su Sangre. ¿Sabeis por qué tiene inclinada la cabeza? Por daros ósculo de paz, prenda de amor. ¿Por qué está abierto su costado? Por acogeros y meteros en su Corazon. ¿Por qué están estendidos aquellos brazos? Por abrazaros como hijos pródigos, si os volveis á vuestro buen Padre. ¿Por qué tiene expuesto todo su cuerpo ácia vosotros? Por mostrar que se os dá todo. Con tantas maravillas de amor esperó Jesus crucificado atraer á sí todos los corazones, que ninguno tendria ya osadia para ofenderle, que los arrebataria á todos á su amor. Por eso decia: *Cum exaltatus fuero à terra, omniam traham ad me ipsum, sum.* Cuando me vieren levantado en la cruz por amor del linage humano, se verán obligados una vez los hombres á corresponderme con amor. Sean, pues, bárbaros, sean como de fieras los pechos de los pecadores; ¿podrán resistir mas á tanta caridad? *Jam non sibi vivent, sed ei, qui pro omnibus mortuus est.* (2. cor. 5.)

Mas, ¡ó quanto quedaron burladas las esperanzas de un Dios amante! ¡Cuán sin fruto empleó él su Sangre y su vida! ¡Todavía pecan los hombres habiendo visto morir un Dios por el pecado! ¡Aun se hallan hombres tan desapiadados y tan inhumanos, que sabiendo por la fe, que su culpa llegó á quitar la vida á un Dios, con todo eso, se atreven á cometer nuevas culpas! Este es un prodigio tan brutal, que si no se viese tan frecuentemente, se tendria por imposible. Y yo tambien soy uno de estos malvados: *Dominus meus pendet in patibulo, et ego voluptati operam dabo?* Lloraba atónito san Bernardo. Mi Señor, por mi amor y remedio, está pendiente en una cruz; ¿y yo, á desprecio suyo, me he de entregar á placeres? El estiende sus manos á las heridas por mi salud; ¿y yo estenderé las mias á deleites, á disgusto suyo? El desde la cruz clama, pidiendo perdon: *Pater, ignosce illis,* para los soldados que le han herido, para los judios que han pedido su muerte, para los jueces que le han condenado, para los verdugos que le han crucificado; ¿y yo no querré perdonar aun una ligera injuria á quien incautamente me agravio? El se deja abrir el Costado para darme el Corazon; ¿y yo le he de tener siempre cerrado á sus llamamientos, siempre abierto á desordenados amores? No, no, que no quiero ya ser ingrato á tanto amor, ni volver mal por bien á quien me ha hecho tantos beneficios á costa de tantas penas: *Clamat Crux, clamat clavi, lancea, convitia, et verbera; ut ipse toto corde diligatur, qui pro dilectione talia, et tanta perferre dignatus est.* dice san Lorenzo Justiniano: „Clama la cruz, claman los clavos, la lanza, las burlas, las espinas, los azo-

„tes, que amemos de todo nuestro corazon á aquel „Señor, que por grangear nuestro amor se dig- „nó padecer tantos y tales tormentos.”

Veisme aquí, pues, ó Redentor mio, al pie de vuestra cruz á pedirós una gota de vuestra Sangre, para lavar mis pecados pasados; yo confieso, que soy indignísimo, por haberos clavado con mis culpas en ese leño infame. Mas oyendo, que vos pedis al Padre perdon para los que os han crucificado, me atrevo á pedirós misericordia. ¡O amador verdadero de las almas! Añadid esta á todas las otras finezas vuestras, dadme mayor compuncion, afianzad en mi pecho un firmísimo propósito, y solidísima resolucion de no ofenderos mas. Yo, pasmado y obligado de tan gran bondad, deseo amaros sobre todo bien, y aborrecer sobre todo mal el pecado, como causa de vuestra muerte; ayudadme por vuestras llagas, abiertas por mi salud, alcancenme esta gracia, de primero morir, que ofenderos mas; antes morir, que pecar.

§. III.

EJEMPLO.

Santa Lugarda, (SURIO A 16 DE JUNIO) nacida de padres nobilísimos, y dotada de las mas bellas prendas, que pueden hacer amable á una doncella, en la flor de sus años andaba desvanecida de sus gallardas prerrogativas, y gustaba un poco de vanos amores, aunque siempre dentro de los terminos de la honestidad. Estaba una tarde discurrendo con un caballero mozo, que deseando lograrla por esposa, la galanteaba, y con la suave miel de afectuosas palabras pretendia atra-

heria á que correspondiese á su afecto. Ya el dulce veneno del amor se iba poco á poco entrando en el pecho, pareciendole, que aquel partido de bodas era con personage igual á su nobleza; quando al despedirse, volviendo los ojos, vió, que se le ponía delante otro Esposo; pero de Sangre, Jesus crucificado, en aquel trage y semblante puntualmente, como vivió en la tierra: *Speci sus forma prae filiis hominum*; el cual, con muy diferentes muestras de amor, descubriendo el pecho, la dió á ver la sacratísima Llagá del Costado, que destilaba Sangre fresca, y la dijo: *Blanditias inepti amoris postea vide, ne requiras. Hic fugitèr contemplare, quid diligas, et quamobrem diligas: hic ego totius puritatis delicias polliceor obtinendas.* De aquí adelante mira bien, no busques delicias del profano amor. Aquí has de contemplar continuamente en este Corazon herido, lo que debes amar, y por qué causa le debes amar. Ves aquí el único blanco de tus afectos. Aquí yo te prometo que hallarás las mas dulces y puras delicias que puedes desear. Aquí tu espíritu será anegado en un rio caudaloso de celestiales consuelos.

Con esta vision quedó Lugarda tan avergonzada de sí misma, y tan cautiva del amor de Jesuscristo crucificado, que parecia que una mano invisible le habia sacado y exprimido del corazon todo otro afecto. Cerró al punto los ojos y las orejas á las lisonjas de todo amante terreno, como á ojos, y mordeduras de una venenosa sierpe. Y quando otra vez volvió el caballero á galantearla, respondió pronta con las palabras de santa Inés al jóven Romano: *Discede à me, pobulum mortis, quia jcm ab alio amatore praeven-*

ta sum. Apártate de mí, alimento de muerte, que ya otro mejor y mas noble Esposo me ha escogido para mas festivas bodas.

Entró, despues, tan profundamente en el corazon de esta santa doncella el amor de Jesus crucificado, que ni sabia pensar, ni hablar de otra cosa, que de padecer amando, y amar padeciendo la cruz de muchas mortificaciones por su celestial Esposo; el cual, para premiarla tanto afecto, se le apareció de nuevo en forma de crucificado, bañado en Sangre; y sacando un brazo de la cruz, le estendió sobre ella, como abrazandola, y haciendola que aplicase la boca á la Llagaga del Costado, la cual ella besó con purisima reverencia, y chupó un nectar suavisimo, y tan divino, que la saliva de sus lábios quedó mas dulce que la miel, respirando una suavisima fragancia, y sanando muchas enfermedades en los que la tocaban. Y la santa, para remedio de cualquier trabajo ó fatiga, no necesitaba de otra cosa, que de mirar la imágen del Crucifijo; tanto era el vigor, y la dulzura de espíritu que de allí sacaba. Una vez, vió al Hijo de Dios, que estaba delante de su Eterno Padre, y mostrándole las sagradas Llagas, rociadas de fresca Sangre, le pedia perdon para los pecadores; y despues se volvió á ella, diciendola: Mira, ó esposa mia, como yo me ofrezco todo á mi Padre, por la salud de los pecadores; así tú debes ofrecerte á mí toda, y totalmente, por tu salvacion.

Ni fué solo Cristo crucificado; tambien se le apareció Maria santisima dolorida, con un semblante lleno de tristeza, y los ojos bañados en lágrimas, cual habia estado en el calvario al pie de la cruz. Movida á gran compasion Lugarda,

la preguntó ¿cuál era la causa de tanta tristeza en ella, que era la alegria y gozo del paraíso? Respondió la Señora: Las culpas de los pecadores azotan de nuevo y crucifican á mi querido Hijo; con blasfemias y torpezas le renuevan á él los dolores, y á mí los afanes y congojas, tanto mas crueles, quanto que son cometidas por cristianos, y no hay quien ponga remedio y me dé consuelo; á tí te toca, ó querida hija, con gemidos, oraciones y ayunos, consolarnos, y mitigar la indignacion de Dios, enojado contra los hombres; lo cual Lugarda ejecutó con siete años de rigurosos ayunos, y otras penitencias. Tuvo un vehemente deseo de derramar su sangre por el martirio, no pareciendola digna esposa de un Esposo crucificado, la que no muriese crucificada; y así, una mañana, despues de su oracion, hecha delante de la cruz, la vino un ardentisimo deseo de imitar en la muerte á la gloriosa mártir santa Inés, así como procuró siempre imitarla en vida. Pasó tan adelante este deseo, que estuvo para morir, habiendosela roto una vena en el pecho, junto al corazon, de que salió gran copia de sangre. Entonces se la apareció su Esposo Jesus, y la dijo: que en el cielo tendria el mismo premio que santa Inés; porque si bien no derramaba, como la santa, su sangre por mano de verdugo, á lo menos con igual afecto habia deseado derramarla, y con gran dolor compasivo de su pasion. Al fin, estaba tan arrebatada del amor de su Redentor, y con tan afectuosos ojos miraba y remiraba al crucificado dueño de su corazon, que muchas veces padecia desmayos y deliquios de espíritu; y cuando meditaba sus atrocisimos dolores, tal vez derramaba lágrimas de

sangre, que cubrían su rostro, que en una ocasión las enjugó con su propia mano, el Salvador. ¡O dignacion amorosísima! Mirad cuánto pudo en los ojos humanos y corazones de carne una vista, un pensamiento de Jesus crucificado. ¡O confusión nuestra! que tantas veces le miramos y pensamos en él, sin una lágrima de ternura en los ojos, y sin un afecto de compasión en el alma: *Si non compatimur, nec conregnabimus.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 2. cap. 12. Del camino real de la santa cruz.

LECCION XV.

DE LA RESURRECCION DE CRISTO,
Y GLORIA DEL CIELO.

YA se acabaron las penas, ya se puso término á los afanes; ves aquí al Salvador resucitado, glorioso y triunfante. Mira como aquella corona de espinas la ha cambiado en una diadema de gloria; las manchas de la sangre, en rubíes de luz; los cardenales de las llagas, en galas de victoria: las burlas é improperios de los judíos, en aplausos de los ángeles; y la dolorosa muerte, en una vida bienaventurada: *Resurrectionis gloria sepelivit morientis injuriam*, dice S. Pedro Crisólogo. Mira en el Cuerpo glorificado aquellas cinco Llagas, que resplandecen como soles, y arrojan rayos de vivísima luz, bellos iris, hermosos arcos de paz entre Dios y los hombres; trofeos gloriosos de haber vencido la muerte y el infierno; cifra de amor, y letras de beneficencia, con que están escritos en el libro de la vida los escogidos; en suma, el Cuerpo de Cristo, tan despreciado, injuriado y despedazado, está ahora tan hermoso, tan lleno de gloria, que si en el cielo no hubiese otra cosa sensible que ver, sino la sacrosanta Humanidad, al verla solamente bastaría á hacer un paraíso. Tanta gloria le ha granjeado la pasión, que si bien atrocísima, fué breve, cuando la felicidad no solo es inmensa por la grandeza de los bienes, sino tambien eterna por la perpetua continuacion de los gozos.

¡Mas qué júbilos de aclamacion hicieron los co-